

12/11/2016

EL MESÍAS QUE LLEGO PARA LIBERAR Isaías 42: 1-9

Estamos en la tercera semana del tiempo que se conoce como *Adviento* que significa *venida*. Como apunté la semana pasada, este es un tiempo de preparación espiritual en la comunidad cristiana para celebrar una de las dos más grandes fiestas de la Iglesia Cristiana: la Navidad. También apunté que es necesario prepararnos espiritualmente porque los cristianos no celebramos solamente una fiesta; es más, ni siquiera nos enfocamos en la imagen de un Jesús chiquito o bebé. Para los creyentes Navidad es mucho más que eso.

Los cristianos reflexionamos en el impacto que tiene en nuestras vidas y en el mundo entero el hecho de que Dios mismo se haya hecho carne, es decir, se haya hecho una persona de carne y hueso y haya llegado a este mundo como llegan todos los bebés. Apunté también que Navidad es un tiempo de reflexión para establecer un compromiso con Dios. En otras palabras, no celebramos solamente que Cristo nació como un acontecimiento histórico; tampoco se trata de sólo una fiesta familiar con intercambio de regalos. Celebramos todo lo que envuelve este acontecimiento. Celebramos que el Mesías vino para reconciliar y para traer paz con Dios (*Ro. 5:1,10,11 / 2Co. 5:18-19 / Col. 1:21*); a esto es lo que llamamos salvación.

La semana pasada hablé de que el Mesías tan esperado por Israel llegaría en forma de un Niño, que el Espíritu de Dios permanecería permanentemente en Él llenándolo de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de poder y de conocimiento para poder guiar a un pueblo perdido a tener un encuentro con Dios; un encuentro que cambie la vida de ese pueblo; un encuentro que transforme completamente las vidas de las personas. El llenarlo de todas estas cualidades únicas por medio del Espíritu Santo, es a lo que llamamos la unción. Y vimos que todas estas cualidades, es decir, la unción de ese Niño que es anunciado por el Profeta Isaías (*Is. 9:6-7 / 11:6*) solamente se cumplen totalmente en una Persona: el Señor Jesús; el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios.

Definitivamente, sin lugar a dudas, Jesús es el Mesías en quien podemos confiar nuestras vidas, nuestro presente y nuestro futuro. Sabiendo todo esto, sería absurdo no reconocerlo como el Único y

Suficiente Salvador, como no lo reconocieron muchos en su tiempo, y como no lo reconocen muchos hoy y por ello viven vidas sin fe y sin esperanza. Pero si hemos reconocido quién es y qué hace, más absurdo sería no entregarle nuestras vidas por completo y comprometernos con Él para trabajar en el engrandecimiento de su Reino. Todo esto es lo que celebramos en Navidad.

Hoy quiero predicar acerca del propósito del Mesías; la misión que le encomendó su Padre que lo envió. Esta misión no le fue dada al momento de nacer sino que su misión fue anunciada juntamente con su llegada.

“He aquí mi Siervo, Yo le sostendré; mi Escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre Él mi Espíritu; Él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley” (vv.1-4).

Lo primero que dice Dios, por medio del Profeta Isaías (v.1), es que al Mesías prometido, Dios mismo lo ha escogido y que lo enviará, y que Él mismo lo sostendrá, es decir, Él mismo lo afirmará, lo mantendrá firme. Dice Dios que su alma tiene contentamiento en este Mesías. Contentamiento significa, no solamente agrado, sino conformidad o suficiencia, es decir, el alma de Dios considera que este Mesías es más que suficiente para cumplir el propósito por el cual lo manda a la tierra y dice que pondrá sobre Él, su Santo Espíritu, el cual lo capacitará para cumplir su misión. Otra vez, la Preciosa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, perfectamente unida en el ministerio del Mesías prometido.

Dice que el Mesías esperado vendrá con un espíritu o una actitud de mansedumbre (v.2). La mansedumbre es la serenidad de espíritu; es una actitud pacífica y humilde, con la cual el hombre no se deja arrebatar fácilmente del enojo que le puedan provocar los demás. La mansedumbre hace que tampoco se responda con la misma actitud de furia y de violencia ante las provocaciones de los demás. El Mesías no será entonces un hombre violento, no será un estratega militar, o un guerrero, ni será un político. Sin embargo, vendrá a traer justicia a las naciones. Es decir, gobernará a todos los pueblos en todas las lenguas o idiomas del mundo. Quiere decir que su propósito no se limita solamente a Israel ni a los judíos. Su ministerio será de alcance mundial.

El Mesías será un hombre de paz (v.3), por cuanto no oprimirá, o no abusará, ni a los quebrantados ni a los débiles. *“No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles”* como lo hacen los que incitan a la violencia, los que invitan a levantarse en armas. Por el contrario, su voz será un llamado al amor y a las buenas obras y su objetivo será traer justicia para todos por medio de la verdad. No viene a aprovecharse de nadie; viene a ayudar a todos los necesitados que crean en Él y clamen a Él, sin importar raza, o condición económica. A todos por igual ayudará impartiendo justicia; a todos por igual sanará.

Por cuanto Él es sostenido por el Espíritu Santo, no descansará hasta haber alcanzado su cometido, es decir, hasta haber alcanzado su misión (v.4). La semana pasada vimos que una de las marcas del Reino de Mesías sería el establecimiento de la perfecta justicia sobre la tierra (Is. 11:1-10). Así es que el Mesías no descansará hasta haberlo logrado; hasta que pueda decir al Dios que lo envió: *“Consumado es”*.

Sólo al Señor Jesucristo dice el Padre que es su Hijo en quien tiene complacencia (Mt. 3:17; 17:5 / Mc. 1:11 / Lc. 3:22). Solo el Señor Jesús dice que su Padre lo ha ungido con su Espíritu (Lc. 4:18), citando precisamente al Profeta Isaías (Is. 61:1-2). Además sabemos que cuando el Espíritu Santo reposó en el Señor Jesús el día de su bautismo, era la señal de que lo estaba ungiendo. Y aunque sabemos que su justicia perfecta será implementada en la tierra en su Segunda Venida, sabemos también que Él es la personificación de la Ley con la cual se hace justicia (Ro. 10:4). El Señor Jesús da testimonio de su misión cumplida cuando dijo: *“Consumado es”* (Jn. 19:30). El Apóstol Pablo da testimonio de que la misión de nuestro Señor se cumplió de una vez y para siempre con un solo sacrificio (Heb. 10:10,14).

“Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan:” (v.5).

El Profeta Isaías abre un breve paréntesis para introducir una nueva instrucción de Dios con una alabanza por demás hermosa que nos deja ver el poder ilimitado de Dios y su control sobre todas las cosas, pero también su infinito amor y ternura para con los pueblos. Así es como ve el profeta a Dios y ojalá así también lo reconozcamos nosotros y lo declaremos siempre en nuestras oraciones. Se puede apreciar la enorme emoción del profeta cuando anuncia la Palabra de Dios. Ojalá que

nosotros tengamos esa misma pasión, esa misma emoción, cuando hablemos de Él; ojalá no callemos lo que Él tiene que decir al mundo.

“Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas” (vv.6-7).

Ahora Jehová le habla a su Siervo; le dice que Él lo ha llamado y le da su comisión y le promete su protección para que pueda desarrollar ese llamado. Esto le tiene que dar seguridad y confianza al Mesías de saber que no es un improvisado y de saber que Dios estará con Él en todo tiempo, lo cual es garantía de éxito. Cuando salimos a llevar el mensaje de Dios nosotros también tenemos que tomar en cuenta que Dios nos ha llamado para hacerlo y eso nos debe de dar seguridad, confianza, valor y fuerza, sabiendo que no estamos solos, que Él nos ha enviado, pero que está con nosotros.

Cuando dice que lo ha llamado *“en justicia”*, se puede traducir como *“un justo propósito”*. Ese propósito era el de establecer un nuevo Pacto con su pueblo, Pacto que sería extendido a todas las naciones. Por cierto que un pacto es un convenio establecido por Dios con su pueblo en el cual Dios se compromete a llenarlo de bendiciones si ellos son fieles y cumplen cada uno de los estatutos del convenio. El Pacto de Dios que estaba vigente en ese momento era el Pacto que estableció con Moisés y que se llevaría a cabo a través del cumplimiento de la Ley. Dios dice por medio de su profeta que el Mesías traería un nuevo Pacto, Pacto que después sabríamos que estaría basado en la gracia de Dios. En el antiguo Pacto si se cumplía la Ley completamente, lo cual era imposible, Dios derramaría sus más ricas bendiciones y los guardaría de los enemigos; en el nuevo, Dios derramará bendición sobre bendición y los guardará para siempre del enemigo mayor, el diablo, si se reconoce al Mesías, es decir, si se le entrega la vida al Mesías. En el antiguo Pacto las bendiciones de Dios eran temporales; bajo el nuevo Pacto las bendiciones de Dios son eternas. En nuestras Biblias, las palabras Antiguo Testamento y Nuevo Testamento también pueden ser traducidas como Antiguo Pacto y Nuevo Pacto.

Dios también le daría al Mesías el propósito de ser Luz para todo el mundo, para abrir los ojos espirituales de los ciegos (como estábamos usted y yo antes de conocer a Cristo); pero esta frase puede significar también que ha traído sanidad, seguridad. Ha venido con el propósito de

traer libertad a todos los que están prisioneros del pecado y llevarlos a la salvación.

Estos versículos sólo se cumplen en la vida de una Persona: nuestro Señor Jesucristo. El mismo Señor Jesús dijo que su Sangre representaba el Nuevo Pacto (Mt. 26:28 / Mc. 14:24 / Lc. 22:20). Con Cristo quedaría anulado ese antiguo Pacto que fue incumplido por el pueblo como nos enseña el Libro de Hebreos, haciendo referencia al Libro de Jeremías: *“Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo Pacto; no como el Pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi Pacto, y Yo me desentendí de ellos, dice el Señor”* (Heb. 8:8-9 / Jer. 31:31-32). Este capítulo de Hebreos termina diciendo: *“Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer”* (Heb. 8:13).

Cuando inicia su Ministerio el Señor Jesucristo hace referencia a que la profecía de Isaías (Is. 61:1-2) se cumplía en Él: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar Buenas Nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; A pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor... Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”*. (Lc. 4:18-19, 20-21). El Mesías cumpliría las promesas de Dios con su pueblo, lo cual se dio en la vida del Señor Jesucristo.

Dios dijo a través de su profeta que el Mesías sería luz para las naciones. Esto también se cumple en la vida del Señor Jesucristo quien dijo: *“...Yo Soy la Luz del mundo; el que me sigue, tendrá la Luz que le da vida, y nunca andará en la oscuridad”* (Jn. 8:12). El Apóstol Juan también da testimonio de esto cuando dice: *“En Él estaba la vida y la vida era la Luz de los hombres”* (Jn. 1:4). Cristo es nuestra vida; nuestra razón de vivir.

“Yo Jehová; este es mi Nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas. He aquí se cumplieron las cosas primeras, y Yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, Yo os las haré notorias” (vv.8-9).

Estos últimos dos versículos son importantes porque son la firma de Dios de dos cosas: (1) Es Dios quien está hablando, es decir, no es un buen deseo u opinión de Isaías; y (2) por lo tanto, es garantía de que todo

lo que dice va a ocurrir, todo se va a cumplir. Como se cumplió en el pasado, se cumpliría en el futuro y su cumplimiento comenzó en Belén de Galilea con el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión.

El Mesías esperado por Israel ya llegó hace poco más de 2,000 años en la Persona de nuestro Señor Jesucristo cuando nació en un humilde y sencillo establo en la pequeña ciudad de Belén, en la región de Galilea.

Ya vimos la semana pasada acerca de su poder para transformar las vidas de las personas, de su justicia perfecta, de sus cualidades de sabiduría, inteligencia, espíritu de consejo, de poder y de conocimiento; de sus títulos de Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno y Príncipe de paz. Y vimos que todo esto se cumple en la Persona de nuestro Señor Jesucristo. En Él descansamos, a Él confiamos nuestra vida, nuestro presente y nuestro futuro eterno; a Él adoramos y servimos. Él es la razón de nuestro vivir, quien ha cambiado nuestro lamento en baile, nuestra tristeza en gozo, nuestro lloro en risa, nuestro miedo en seguridad, nuestra intranquilidad en paz, nuestra ropa de harapos (vieja, rota, sucia y mal oliente) en ropa de lino fino. Y todo esto no hubiera podido ser posible si Él no viene a la tierra naciendo como bebé para después de 33 años morir en una cruenta Cruz y resucitar al tercer día. Este es el sentido de nuestra celebración.

Aprendimos también de su propósito que fue reconciliar la relación que estaba perdida entre Dios y el hombre por causa del pecado. Él vino para ser nuestra Luz y, siendo nuestra Luz, guiarnos hacia Dios y no ser más enemigos de Él. Jesús, el Mesías, vino a liberarnos de la esclavitud del pecado, vino a quitarnos la venda de los ojos para que pudiéramos ver la realidad de nuestra naturaleza podrida y para que pudiéramos reconocer nuestra necesidad de perdón y salvación. Él es quien nos ha sacado de la oscuridad de nuestra vida a la luz de su gracia. Y a partir del día en que vino a nuestras vidas, cuando lo reconocimos como Señor y Salvador, nos ha hecho libres de la maldición del pecado y, como dice el Apóstol Pablo, a partir de ese glorioso día en que vino a nuestras vidas: “...el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estás bajo la Ley, sino bajo la gracia (Ro. 6:14).

El Señor Jesús es ese Pacto de Dios que está sellado con el sello del Espíritu Santo. Ese Pacto inquebrantable que nos da y nos asegura



vida eterna. Pacto de amor para vivir una vida segura bajo la gracia de Dios.

A Él, y sólo a Él celebremos esta Navidad. No le demos la gloria que le pertenece a Él a otras cosas; no desviemos ni permitamos que se desvíe el verdadero sentido de la Navidad. Él es la única razón de nuestra celebración, de nuestra alegría, de nuestro gozo, de nuestra risa. La única razón de nuestra fe, de nuestra paz y de nuestra esperanza. Que esta Navidad sea una Navidad diferente a las demás. Amén... Vamos a orar...